

Verano

La vida siempre

 Larisa Rivarola

Si en Chajá (2018) Luis Loyola Cano buceaba en las aguas de la memoria de una adolescencia pueblerina, plena de deseo, miedos, nuevas sensaciones y descubrimientos; en Verano (2022), escrita y dirigida por él y estrenada en el Teatro del Pueblo, la memoria se extiende aún más y se fragmenta. Se construye sobre un tiempo no lineal y recupera el fin de la infancia, la pubertad y también la mirada adulta que las recorre. Ema, la mujer que evoca momentos de su vida reconstruyendo una dinámica familiar donde los mayores marcan el tiempo, el espacio y los vínculos, es encarnada por una única actriz, Stella Gallazzi. Y decimos «encarnada» porque hay una actuación que no es interpretación sino que Ema acontece en Stella. Hay en ella una actuación sencilla, sutil y profunda. Esa es la primera cualidad de Verano que aparece en cada postura, gesto y tono discursivo sumergiendo a la platea en el mar de un pasado particular. Del cuerpo de la actriz, emerge Ema.

La segunda cualidad, de igual importancia y que sobresale en la propuesta del autor y director, es el trabajo sobre la memoria y sus diferentes capas tanto en el texto dramático como en la puesta en escena. En consonancia con la sencillez y profundidad ya aludidas, el tiempo del recuerdo es como un ritual donde el pasado se actualiza y entramos en esa casa de ciudad costera de algunas décadas atrás. Y aquí encontramos la sencillez de recursos con la que Luis Loyola Cano y Stella Gallazzi juntas, construyen ese potente ingreso: El banquito alto sobre el que Ema se sienta frente al público no es sólo un apoyo, sino que es un elemento que cumple una función simbólica, es un soporte mental que nos retrotrae a la infancia de Ema niña sentada en la mesa, cuando sus pies no llegaban al suelo. No importa cuán pequeña era, y si esto coincide con la edad del recuerdo sino el efecto que proyecta el uso del objeto. Una mujer que navega por la propia memoria nos interpela, nos lleva hacia un recuerdo desde sus pies suspendidos a centímetros del suelo. Allí, en el vacío entre el piso y Ema es donde el tiempo se abre y aparecen las múltiples capas de la memoria. El diario de Ema es otra parte estructural del universo de Verano. El registro personal como condensador de sentidos, como un personaje mudo, omnisciente. Ema lo lee, lo hojea, lo abraza, lo contempla. La escena lo ilumina, lo destaca.

En estas pequeñas elecciones de puesta en escena, Luis Loyola Cano construye ese gran universo que atraviesa la multiplicidad de aristas que tiene la identidad individual, la de Ema, cuyos padres ni siquiera son nombrados, pero sí está abuela Galia. Entonces Ema es hija y nieta. Y ahí, en ese mundo orillero de la costa atlántica Argentina un pasado colectivo flota incierto, se dispersa entre la platea y nos atraviesa.

Porque también aparece una identidad colectiva, en la memoria oscura de un río que se hace mar y que guarda parte de nuestra historia política y social.

Hay entre Chajá y Verano una continuidad, el foco en el carácter humano de nuestros vínculos; y hay en Verano una profundización de ello en relación con nuestra memoria y nuestra identidad individual y también colectiva. Entonces, podemos afirmar que el autor y director coloca al ser humano en el centro. La relación con la abuela, con el chico de capital, con la ausencia de su madre y su padre, con el conocimiento de su apellido. Dice Deleuze: «*Cierto es que la máquina-memoria no consiste en recordar, sino en revivir un instante preciso del pasado (...) Para el hombre, el instante pasado es como un punto brillante que pertenece a una capa, y no puede ser desprendido de ella. (...) A tal extremo que el héroe sólo podrá revivirlo recorriendo de nuevo esas capas, y recorriendo desde ese momento muchas otras... (...)*». Ema transita entre esas capas que la cubren, la intervienen, la hacen sujeto y la sujetan a la vez. Cada una es presente y pasado a la vez. En un ir y venir que es transitado amalgamando actuación, movimiento, sonoridad e iluminación. Así, el espacio escénico alude a las capas de memoria tejiendo una red de vivencias.

El verano es una estación, una época, un tiempo. Y Ema está conformada por épocas: el estallido familiar provocado por un pasado histórico violento, cuando se desplazó el sentido humanitario del centro de nuestra sociedad a los márgenes, cuando la vida fue descartada, haciéndola desaparecer, o cuando sucede la visita de los familiares de la capital que la ven parecida a la abuela y no preguntan ni por su madre ni por su padre, por ejemplo. De este modo, la puesta en escena va desarmando esas capas en lo que aparenta ser un recuerdo trivial e inocente. Su crecimiento, su diario, sus poemas, la abuela Galia (nombrada «abuela Galia», sin artículo delante), «el chico de capital». Entre esa capa de pasado (o aquel presente) y Ema adulta, está la persistencia del paradigma mercantil que mide todo según su valor de cambio, cuyo patrón estructura la convivencia social, política y la forma de vida. Pero aquí (o allí diremos en un futuro próximo) encontramos un intersticio en el que aparecen el teatro y una pequeña vida sin grandes pretensiones. Como queriendo recuperar un aire esencial, aparece Verano con aquello verdaderamente espectacular, el sustento de nuestra historia, el que provee el soplo vital de nuestra identidad y nuestra memoria, la vida siempre.

Ficha técnica:

Actúa: Stella Galazzi. Diseño de escenografía y vestuario: Lau Polet. Diseño de iluminación: Ricardo Sica. Coach vocal: Ana Sánchez. Coreografía: Lorena Ballestrero. Realización de vestuario: María Graciela Saldaña. Fotografía: María Horton. Piezas gráficas: Agustina Ferreyra. Asistencia de dirección: Fausto José Perna. Dramaturgia y dirección: Luis Loyola Cano.

Bibliografía

- » Deleuze, Gilles. (2005). *La imagen tiempo: estudios sobre cine 2.* - 1a. ed.- Buenos Aires: Paidós.
- » Dotti, Jorge, (1993). “Nuestra posmodernidad indigente” en *Revista Espacios*; Buenos Aires, FFyL-UBA, N°12, pp. 3-8.

